

por sus contemporáneos.» Con estas conmovedoras y resignadas frases se despide de sus lectores el filósofo reformista; ellas pintan con indelebles trazos esa alma militante y pensativa de dialéctico místico, de sabio y poeta que en tantos conceptos recuerda la generosa naturaleza de Fichte.

Réstanos hacer una apreciación sumaria acerca de los méritos y de los defectos de la obra de Lange y juzgar el valor de su tentativa de conciliación entre la ciencia y la especulación filosófica. Hemos creído, ante todo, deber nuestro agrupar en un haz los rasgos esenciales de este pensamiento tan complejo, para ofrecer de este modo á los lectores los elementos de un juicio definitivo; no queremos, sin embargo, sustraernos de la obligación de consignar nuestros sentimientos personales acerca de este libro; no se crea por esto que tenemos la pretensión de dirigir, y mucho menos de imponer nuestras opiniones á los demás; pero nuestra conciencia de filósofos nos obliga, como cumplimiento de un deber, á tributar nuestro homenaje á la gran causa que defiende Lange, señalando los servicios que ha prestado y los defectos en que involuntariamente ha incurrido. De estos últimos, el más aparente de su obra es la falta de unidad; este vicio radica, sin duda, antes que nada, en la naturaleza propia del libro, que no es una obra ni puramente histórica ni puramente crítica. El primer tomo parece consagrado sólo á la justificación del mecanicismo y á la apología del materialismo científico y, el segundo, se manifiesta como destinado á poner en evidencia la verdad de la tesis idealista, estimando el mecanicismo como una hipótesis subjetiva; hay que reconocer además que las considerables adiciones hechas en la segunda edición sobre la crítica de las ciencias positivas en muchos pasajes se ha olvidado la sobriedad de la composición primitiva. Pero no son únicamente vicios de forma los que hemos de señalar en la *Historia del materialismo*, sino también la incertidumbre, la confusión y las contradicciones tan frecuentes en las mismas doctrinas del autor, y acerca de las cuales importa insistir principalmente.

La doctrina crítica de Lange descansa esencialmente en la oposición entre la ciencia y las creencias, en la distinción, con solidez planteada y con firmeza sostenida, de la certidumbre demostrativa y la certidumbre metafísica; pero, ¿por ser de naturaleza diferente estas dos certidumbres son distintas? Y en este caso, ¿cuál de las dos se acerca más á la verdad absoluta? Cuando se lee á Lange, parece

al principio que toda certidumbre y realidad vienen de la ciencia positiva; pero bien pronto este mundo, tan laboriosamente construido por la ciencia y que descansa sobre el sólido fundamento de la experiencia y de la demostración, se desvanece á los primeros esfuerzos de la crítica y se nos presenta como un engañoso espejismo, como una vana experiencia; en una palabra, no se ve claramente dónde está la verdad definitiva; ¿está en el ideal ó en el mundo sensible? ¿ó ambas son ilusiones, con la diferencia de que la ilusión sensible es la ilusión de todos, en tanto que la ilusión metafísica es móvil y caprichosa como los individuos? En tal caso, la ciencia aventajaría á su rival. No podemos detenernos mucho en este orden de ideas; pero conviene no olvidar que las categorías, esas reglas supremas del conocimiento científico, las presenta Lange como datos de la experiencia psicológica, como principios cuyo número es incierto y cuyo origen es empírico. La complacencia con que dicho autor vuelve, ya á propósito de Protágoras ó ya con motivo de Hobbes, sobre la tesis de la relatividad del conocimiento y el valor que concede á la teoría de la probabilidad, parece indicar que los principios, como los resultados de la ciencia, no descansan para él más que en la verosimilitud; pero no hay más derecho á hablar de verosimilitud que de certidumbre; porque ¿dónde está el principio que sirve para medir esta última? ¿es la experiencia móvil y limitada como el individuo y como la humanidad misma?

Vemos así que Lange nos encierra en un doble círculo de ilusiones, de los cuales el primero es el más estrecho é inflexible y el segundo el más vasto, pero también el más móvil; ilusiones científicas é ilusiones metafísicas nos ocultan igualmente la verdadera faz de las cosas; no conocemos la verdad ni la realidad de nada. Vaihinger, un discípulo de Lange, no vacila en deducir esta conclusión de la obra del maestro y en formularla en todo su desesperante rigor. ¿Es este el pensamiento de Lange? ¿Habremos terminado así con las fluctuaciones de sus ideas por no decir de su sistema? ¿Estaremos por lo tanto ciertos de una cosa, de que nada es cierto? Esto fuera una proposición contradictoria que se destruiría por sí misma; pero al fin habríamos encontrado la última palabra de Lange. Hartmann, en su respuesta á la crítica de Vaihinger, ha puesto hábilmente en relieve el nihilismo escéptico de este último al llevar hasta la exageración el subjetivismo crítico de Lange; idea con mu-

cho ingenio un diálogo sentimental y filosófico entre el pensador y una dama, en el cual ésta concluye por rechazar con energía las tiernas solicitudes de un amante tan poco convencido de la realidad de sus encantos y aun de la existencia misma de su amada. Además de esto, Hartmann hace el proceso de la filosofía de Vaihinger, y no ve con malos ojos que éste lleve el subjetivismo más allá de los límites en que, en cierto modo, se contuvo el sentido eminentemente práctico del maestro. En efecto, Lange, entre tantas contradicciones como le hemos censurado, tiene otra nueva, la más feliz si se quiere, pero de seguro la más flagrante de todas. Su idealismo subjetivo descansa, como el de Fichte, en un dogmatismo moral bien determinado: la ley del deber; la obligación de subordinar el individuo al todo, la ha afirmado con energía y con insistencia como la más alta verdad, como la suprema certidumbre; las inspiraciones de la fe metafísica tienen entonces su verdadera medida en relación con nuestra necesidad moral, y la ciencia, con su hipótesis mecanicista, debe á su vez su verdad y su valor á lo que es el instrumento necesario del comercio de las inteligencias, la condición *sine qua non* del orden moral de los espíritus.

Como Kant, y más todavía como Fichte, Lange, con una fe entera, libre de la ironía crítica y del indiferente escepticismo de Vaihinger, se aventura á penetrar, á la luz superior de la conciencia moral, en las hipótesis que se refieren al fondo último de la realidad y al mundo de las cosas en sí, recordándonos, como ya hemos dicho, á los metafísicos más audaces. Nos parece bien que las inspiraciones metafísicas de ese dogmatismo moral predominen en el fondo de la doctrina de Lange, y seríamos injustos con su pensamiento insistiendo más en las contradicciones de detalle y en las consecuencias escepticas que debíamos recoger; no es la censura menos grave que se puede dirigir á un filósofo que sobresale en criticar á los demás, la de verse obligado á tener en cuenta sus tendencias morales antes que sus afirmaciones expresas; con esta reserva nosotros concedemos á Lange voluntariamente que su dogmatismo moral es bienhechor, y creemos que la metafísica de Fichte, comentada y desenvuelta con los recientes descubrimientos científicos, podría muy bien ser en el fondo la última palabra de la filosofía. La unidad del sistema no puede ser, por lo tanto, sostenida más que con la condición de que Lange suprima el divorcio de la razón teórica y de la razón práctica, que se decida á subordinar la primera á la segunda y á

hacer de la libertad el principio común del conocimiento y de la acción.

No ignoramos que Lange niega el libre albedrío tan decididamente como un materialista, y le relega, como Kant hace con la libertad, al mundo de los nómenos, y no obstante no cesa de hablar de la «libre síntesis» del espíritu y de la espontaneidad que despliega el yo en sus creaciones ideales. Aquí, como anteriormente, tendríamos que poner en claro y desenvolver, ya que el mismo Lange no lo ha hecho, los gérmenes de dogmatismo moral que contiene sobre todo el último capítulo de su obra. Aún habría más contradicciones generales que señalar, como las del escepticismo y el dogmatismo de la relatividad científica y el dogmatismo moral de la libertad y el determinismo; no acabaríamos si hubiésemos de recoger todas las menudas incoherencias del libro, y tanto es así que Vaihinger se cree autorizado por algunos textos para sostener que su maestro hace de la antinomia la ley misma del pensamiento. Según el discípulo, la oposición de lo real y lo ideal, de la libertad y la necesidad, de lo finito y lo infinito, del fenómeno y la cosa en sí, del pesimismo y el optimismo, de la ciencia y la metafísica, del mecanicismo y la finalidad, para no hablar más que de las antinomias más importantes, ha sido elevada por la crítica de Lange á la altura de un nuevo principio y declarada en absoluto refractaria á todas las tentativas de conciliación. Nosotros persistimos en defender á Lange contra Vaihinger, y en caso de necesidad contra Lange mismo; creemos que la metafísica de este autor, interpretada en el sentido del idealismo práctico, no es vituperable de antinomia. Desde este punto de vista nos sería fácil llenar los vacíos de las concepciones especulativas del maestro después de haber puesto término á las contradicciones.

Ni en arte ni en moral nos da explicaciones bastantes; sin duda opone á la estética y á la ética materialistas los bien determinados principios de su idealismo práctico; nos invita á ver en el arte y la moral los productos de la misma libre síntesis que figuran en las construcciones de la metafísica; pero se calla cuál sea el lugar de esas diversas síntesis, ni dice las relaciones que existen entre esas formas distintas del ideal. Lo bello, ¿es una pura creación del espíritu sin relación alguna con la realidad? ¿No ha de considerarse á la naturaleza más que como un mecanismo sin vida y sin belleza propia? ¿Es ajena á toda finalidad? Estos varios pro-

blemas quedan sin solución en este libro; parece que lo bello, lo verdadero y el bien habitan esferas separadas y extrañas unas á otras, ó, mejor aún, que el pensamiento reviste arbitrariamente formas en absoluto independientes entre sí, según la facultad especial al través de la cual se le considere, una realidad misteriosa que no tiene nada de común con esas múltiples apariencias. Así, los ojos pueden ver los objetos bajo los más contrarios aspectos, interponiéndose entre éstos y aquéllos prismas de colores y formas distintos. ¿Dónde está esa armonía de lo bello, de lo verdadero y del bien, esa unidad de los poderes del alma que el autor nos impone como un deber que realizar? Suprimiendo toda relación entre lo ideal y la realidad, ¿no se corre el riesgo de disminuir el valor y el atractivo del primero? Me explico que Platón y Aristóteles coloquen las formas puras en una región superior á la de los sentidos, pero también hacen del ideal el fin supremo que aspira realizar la naturaleza, aunque no haya jamás de lograrlo; y Kant no avasalla menos imperiosamente el mundo sensible y la conciencia del hombre á los fines superiores de la razón práctica. Esta armonía de las fuerzas de la naturaleza y del pensamiento, en vano la buscamos en la doctrina de Lange, y, en este concepto, es inferior á la obra de los grandes idealistas.

No creemos menos que Lange servir á la causa de la acción y del progreso moral; ya hemos dicho repetidas veces que la naturaleza de nuestro autor es eminentemente práctica, que lo que persigue ante todo es la armonía de las varias energías del alma, que quiere poner fin al divorcio de la ciencia y la especulación, de lo ideal y lo real, en cuya labor se han agostado las mejores inteligencias, y se revuelve contra el enemigo común, es decir, contra el sufrimiento físico y moral, en una palabra, contra la miseria social, empleando las fuerzas combinadas de la ciencia, el arte, la moral y la especulación. Combate tan enérgicamente en favor de los derechos del mecanicismo contra las pretensiones de la metafísica, porque el primero es el único instrumento eficaz en la lucha empeñada por el espíritu contra las fuerzas de la materia; y hiere á su vez los falsos ídolos del materialismo con tan generosa impaciencia, porque el egoísmo económico ha hecho de ellos sus divinidades protectoras. Si trata de preservar del soplo helado de abstracciones científicas las delicadas invenciones de la imaginación poética ó las nobles aspiraciones de la metafísica, es porque

crea en su virtud educadora y en sus bienhechoras influencias; insiste sobre la misión social de la religión y clama con todas las fuerzas de su alma por la concordia del cristianismo y la cultura moderna, porque está profundamente convencido de la eficacia práctica de la fe religiosa. Pero ¿ha seguido rectamente el camino que debe conducir á la transformación moral y social de la humanidad? ¿Es interesarnos por la causa de la metafísica y la religión pedirnos que trabajemos por ella sin creer en ella? ¿No se reduce el arte á una distracción elegante, á un entretenimiento de ociosos, negándole que pueda servir de intérprete y modelo de la realidad?

Aun á riesgo de desviar los espíritus de la ciencia, priva á la ciencia de todo comercio con la verdadera realidad; pero sobre todo no logrará persuadir á los hombres á que trabajen en la obra colectiva de la emancipación y del progreso cuando parece encadenar las acciones humanas, como la evolución de la naturaleza misma, al determinismo inexorable de las leyes mecánicas. Seguimos aún haciendo el proceso de las tendencias escépticas de la filosofía de Lange, y sin esfuerzo se nos concederá que éstas son propias para amenguar la eficacia de su enseñanza práctica. Pero la ausencia de autoridad práctica no es menos sensible que la falta de unidad en la obra que analizamos; todas nuestras censuras van encaminadas contra un mal muy frecuente, el de la incertidumbre de su metafísica. Apresurémonos á reconocer, no obstante, que los buenos deseos de Lange excusan en parte los defectos de su libro. En efecto, no es una metafísica lo que se propone darnos, sino una teoría del conocimiento desde el punto de vista especial y restringido del análisis crítico del mecanicismo científico; trata, ante todo, de unir á sabios y á filósofos, defendiendo con los primeros sus derechos imprescriptibles y con los segundos la insuficiencia teórica y práctica del mecanicismo. Los sabios, que procuran ganar primero la consideración y después, si es posible, el cultivo de la especulación filosófica, necesitan aclarar los sofismas y la inanidad del materialismo antes de entrar en las hipótesis siempre discutibles de una doctrina metafísica; no estaría de más hacer un llamamiento á su buen sentido de análisis y de método contra un sistema tan superficial como engañoso, y sería prudente someter á un inmediato examen concepciones cuya sutilidad y extravagancia alarman y desconciertan en el acto su mal asegurada filosofía, y, sobre todo, conocerían fácilmente, con su habitual

ingenio, su carácter provisional. Por otra parte, no es menos necesario á los filósofos demostrar la estimación que se debe á la metafísica y el valor poético y moral de las especulaciones idealistas, pues la historia de la especulación es bastante rica de indicaciones preciosas, de fecundas sugerencias y de seductoras y legítimas hipótesis para que sea preciso enriquecer con un nuevo sistema la serie de esas generosas fantasías en que se complace la imaginación y de las cuales ha vivido la conciencia del pasado. Los actuales filósofos deben antes que nada conquistarse el respeto y la inteligencia del mecanicismo científico; en una palabra, es menester disipar en ellos la embriaguez de ese idealismo quimérico que, desde Kant, ha extraviado las más altas inteligencias, y combatir en sus adversarios la orgullosa suficiencia del saber positivo, sus vanas pretensiones de resolver el enigma del universo y satisfacer la vasta capacidad y el hondo anhelo del corazón del hombre; Lange tiene el imperecedero honor de haber intentado con victorioso resultado este doble empeño.

Ha comprendido mejor que nadie que lo real y lo ideal son, con títulos diversos pero igualmente imprescriptibles, el doble campo de nuestra actividad y la doble patria de nuestras almas; las flores de lo ideal no pueden cultivarse ni cogerse más que en el terreno fecundado y preparado por las ciencias y la industria del hombre; satisfacerse con la actividad material y el mecanicismo científico que debe dirigirla, es limitarse á prevenir las condiciones de la vida común, pero renunciar á la existencia plena y, como dice el poeta: *propter vitam vivendi perdere causas*. Nadie ha señalado con más elocuencia que Lange el peligro que, con el desarrollo de las ciencias positivas y el industrialismo, corren las sociedades modernas; ninguno tampoco ha comprendido mejor que debilitar el sentido del ideal es fortalecer el del egoísmo. Sin duda la causa del arte y de la especulación ha tenido antes de él elocuentes defensores; pero desde Kant nunca se había pleiteado por ella con tal grandeza de miras y con la clara y profunda convicción necesaria para no regatear nada á la ciencia y al mecanicismo de cuanto se otorga á la especulación y al espíritu.

Sobre todo, hay que tener en cuenta las tentativas semejantes á ésta de estos últimos tiempos para apreciar la obra de Lange y medir con exactitud su originalidad. En Francia, Alemania é Inglaterra, la causa de la reconciliación entre la ciencia y la filosofía ha

tenido hábiles y animosos intérpretes; sin hablar de los trabajos de Lotze y Hartmann, de la distinción entre la creencia y el conocimiento, sostenida por Spencer y de la confesión final de Stuart-Mill en sus *Ensayos acerca de la religión*, limitémonos á recordar aquí los esfuerzos, por tantos títulos estimables, hechos en Francia por pensadores eminentes. ¿Acaso no se han penetrado de esta necesidad, á que la *Historia del materialismo* debe su origen, la *Critique* de Renouvière, la *Métaphysique et la Science* de Vacherot, la relación de Ravaisson acerca de la *Philosophie française du XIX siècle*, el libro de Caro sobre *Le Materialisme et la Science* y la obra de Janet que trata de *Les causes finales*? Quizá resulte de estos trabajos que la ciencia hace á veces el gasto para lograr la conciliación deseada; pero ¿no es la filosofía quien con demasiada frecuencia paga el escote en el libro de Lange? Esta diferencia señala precisamente en qué estriba la originalidad de la empresa de este autor comparada con otras análogas; en parte alguna el determinismo científico y el mecanicismo cartesiano han tenido en nuestro tiempo un intérprete tan tenaz y penetrante.

Réstanos indicar el influjo que han ejercido las ideas de Lange en los pensadores contemporáneos. Las preocupaciones sociales y religiosas que censuran en sus escritos, notables por tantos conceptos, Hartmann y Strauss, parecen inspirarse, aunque para combatirlas, en las concepciones de Lange; y consignemos también, sobre todo, el movimiento de los estudios kantianos, á los que, la aparición de la *Historia del materialismo*, ha dado, en cierto modo, la iniciativa. En resumen: ni la originalidad, ni la oportunidad, ni la influencia han faltado á este libro; con sus excepcionales cualidades y sus graves defectos es, á nuestros ojos, una de las lecturas más substanciosas que pueden recomendarse á las inteligencias á quienes conturban fácilmente el espectáculo de los disentimientos y las contradicciones del pensamiento moderno. Esta obra les enseñará cómo es preciso juzgar la secular oposición, con sobrada ligereza tenida por insoluble, entre la especulación y la ciencia positiva, y verán reducidas á su justo valor las acusaciones apasionadas, los temores irreflexivos y las inquietudes calculadas que provocan en los espíritus superficiales ó prevenidos el solo nombre del materialismo ó la idea del mecanicismo físico; comprenderán también mejor qué secreta afinidad unen á la metafísica y á la poesía; Lange por lo menos les enseña que no es legítimo desdeñar

la filosofía por la variedad que existe de sistemas filosóficos, como no se debe sacar consecuencia alguna contra el arte porque haya diferentes doctrinas estéticas. Más que en el resto de Europa, acaso el divorcio de la ciencia y la especulación, divide profundamente en Francia las inteligencias; el ejemplo de Lange ayudará tal vez á convencerlas de la posibilidad, ó, mejor dicho, de la imperiosa necesidad de asociar la cultura científica á las meditaciones filosóficas.

D. NOLEN

*La vida es un
diálogo con el contorno.
J. Ortega y Gasset.*



PRÓLOGO DEL AUTOR

Las modificaciones que hemos hecho en esta segunda edición de la *Historia del materialismo*, han sido motivadas por el plan primitivo de la obra y también por la acogida que le ha dispensado el público. Como incidentalmente dije en la primera edición, mi deseo era producir un efecto inmediato, importándome poco que á la vuelta de cinco años se hubiese olvidado mi obra en absoluto. Pero lejos de eso, y no obstante de una serie de críticas por lo general muy benévolas, han sido precisos más de cinco años para que el público conociera mi libro de un modo satisfactorio, y, precisamente, cuando la edición estaba agotada y á mi parecer el texto había ya envejecido en muchos conceptos, fué cuando las gentes comenzaron á solicitarle con más insistencia. Por estas razones he corregido y rehecho con mucho detenimiento mi anterior trabajo, sobre todo la segunda parte, tan luego como pensé en reimprimirlo. Los libros, las personas y las cuestiones especiales que encarnando distintas opiniones combatían y se agitaban no hace mucho, han cambiado en parte, y el rápido desarrollo de las ciencias físicas y naturales exigía imperiosamente la refundición total del texto en algunas secciones, aunque el encadenamiento de las ideas y el conjunto de las conclusiones hubiesen de ser las mismas.

La primera edición, á decir verdad, fué el fruto de largos años de constante estudio, y, sin embargo, por la forma casi parecía el resultado de una improvisación; muchos defectos de estilo han desaparecido en ésta, y

quizá también otras cualidades del primer trabajo; si no correspondo á la esperanza de los lectores que me han pedido mi primera impresión, tampoco quisiera despojar á mi obra completamente de su sello primitivo. No es mi ánimo reivindicar para la primera parte, en la forma que en la actualidad tiene, el carácter de una verdadera monografía histórica; no puedo ni quiero olvidar que mi libro es ante todo una obra de enseñanza, de demostración y de progreso que se persigue desde la primera hasta la última página, y que, para preparar mejor á los lectores y lograr su fin, sacrifica la apacible uniformidad de una relación puramente histórica; pero acudiendo sin cesar á las fuentes, y añadiendo notas y numerosas aclaraciones, espero en gran parte remediar la falta de no haber escrito una verdadera monografía, sin renunciar al objeto esencial que me propuse. Ahora, como antes, deseo *esclarecer los principios*, y nunca me perdonaría que mi obra no correspondiese con toda exactitud al título que la he dado, título que tiene hoy un derecho histórico y debe ser conservado. Para satisfacer á los lectores que se fijan, sobre todo, en la exposición histórica por defectuosa que sea, he dado en la primera parte un índice especial; esta parte y la segunda forman, en mi opinión, una unidad indisoluble; sin embargo, no soy yo quien ha de decir lo que es mi obra y me daré por satisfecho si mis lectores, aun aquellos que hayan de utilizarla menos, son bastante indulgentes para el autor, comprendiendo la inmensa dificultad de su tarea.

A. Lange.

Angel M. M.
Nov. 30 - 1919
10.25 Hrs. P.M.
"Hay que apurarlos
la filonofía del
materialismo"

Ramón de la Cruz
D. O. 2 - 1919.

PRIMERA PARTE

EL MATERIALISMO EN LA ANTIGÜEDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Período del antiguo atomismo, particularmente Demócrito.

El materialismo se encuentra en los más antiguos ensayos de la concepción filosófica del mundo.—Conflicto entre la filosofía y la religión.—Prueba de este conflicto en la antigua Grecia.—Origen de la filosofía.—Influencia de las matemáticas y del estudio de la Naturaleza.—Relaciones con el Oriente.—Comercio.—Predominio de la deducción.—Sistematización del materialismo por el atomismo.—Demócrito: su vida y su personalidad; su doctrina. Eternidad de la materia.—Necesidad.—Los átomos y el vacío.—Cosmogonía.—Propiedades de las cosas y de los átomos.—El alma.—Ética.—Empédocles y el origen de la idea de finalidad.

El materialismo es tan antiguo como la filosofía, pero no más antiguo que ella. El concepto de las cosas que domina en los tiempos más remotos de la civilización no va más allá de las contradicciones del dualismo y de las formas fantásticas de la personificación, y los primeros ensayos intentados para resolver estas contradicciones y adquirir una idea sistemática del mundo que escape á las habituales ilusiones de los sentidos, conducen directamente á la filosofía, y, entre estos primeros ensayos, el materialismo ocupa ya su puesto (1).

Mas desde el instante en que el pensamiento comienza á proceder con lógica, se entabla la lucha con las doctrinas tradicionales de la religión; esta última tiene sus raíces en las concepciones esenciales más antiguas, más toscas y más contradictorias, que la ignorante muche-